

LA REVOLUCIÓN CUBANA: EL LEGADO POLÍTICO Y SOCIAL DE FIDEL CASTRO

Historia



Pablo A. Maríñez*

Resumen

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 visibilizó a América Latina y el Caribe, que a partir de ese momento generó enorme interés en el mundo entero. Por primera vez Nuestra América pasó a pensarse a sí misma, a revalorizar su pasado, presente y futuro. La Plaza de la Revolución se convirtió en el Ágora de Cuba y de América Latina. A su vez, Cuba, a pesar del bloqueo económico impuesto por Estados Unidos, alcanzó metas insospechables en la educación, la salud y el deporte, colocándola por encima de la media latinoamericana. Estos logros están avalados por los principales organismos internacionales, ONU, UNESCO, OMS, y expresados en los Objetivos de Desarrollo del Milenio del 2015. Así, la Revolución Cubana, con sus logros políticos, sociales y culturales constituye el verdadero legado de su líder histórico: Fidel Castro.

Palabras clave: Revolución Cubana, emancipación, Fidel Castro, Nuestra América.

Las grandes revoluciones sociales como la cubana, que producen verdaderos cambios profundos, radicales, abren nuevos caminos hacia el futuro, y a la vez impactan y afectan intereses diversos. En este sentido, todas las revoluciones, en mayor o menor grado, han sido cruentas, violentas, dolorosas, con derrama-

miento de sangre; son partos sociales que dan lugar a hechos imprevisibles, pero necesarios.

Las revoluciones no son el resultado de consensos en los parlamentos. Éstos, en todo caso surgen después, precisamente como resultado de aquéllas. Pensemos en la Revolución Americana (1775), la Francesa (1789), la Haitiana (1804), la Mexicana (1910), la de Octubre o Bolchevique (1917), y la China (1927), entre otras. Hoy día podemos tratar de comprender las causas por las que se produjeron esas transformaciones sociales, pero lo que es más difícil es intentar imaginar a dichos países, e incluso a buena parte de la humanidad, si esos procesos de cambio no se hubieran generado. Todas hicieron transformar el curso de la historia, que así lo demandaba, y eso fue lo que hizo la Revolución Cubana de manera emblemática, porque para América Latina y el Caribe ha significado una ruptura incuestionable, entre un antes y un después.

La Revolución Cubana es, además, una de las más complejas que conoce la historia de Nuestra América, porque tiene varias características peculiares: fue anti-dictatorial, anti-colonial, y a la vez anticapitalista y socialista. No obstante esta complejidad, y haberse producido, desde su inicio, en condiciones sumamente adversas, apenas tiene poco más de medio siglo de haber triunfado, y desarrollado. Aún viven o recién han fallecido algunos de sus principales líderes políticos y militares; todavía, por cuestiones biológicas y de tiempo, no se ha producido el primer remplazo gene-

* Profesor investigador titular adscrito al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

racional de su alta dirigencia, los llamados líderes históricos.

De sus más destacados adversarios, contra los que se inició la lucha armada en 1953 (asalto al Cuartel Moncada), y después en 1956 (inicio de la guerrilla), sólo han desaparecido la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1958), y la dominación colonial que existía. Los herederos de las grandes compañías, nacionales o extranjeras que fueron nacionalizadas, radican en distintos países de la región; algunos activos económicamente; el capitalismo, en crisis, sigue campando a escala internacional, con un nuevo modelo económico: el neoliberalismo. El imperialismo estadounidense, su principal y verdadero adversario, continúa agrediéndola.

Estados Unidos, después de más de medio siglo tratando de derrocarla, con modalidades y mecanismos diversos, por fin ha restablecido relaciones diplomáticas, anunciadas públicamente el 17 de diciembre de 2014; el 14 de agosto del 2016 se produce la apertura de la Embajada estadounidense en La Habana. Sin embargo, no ha levantado el bloqueo económico con el fin de estrangularla, ni ha devuelto la posesión del territorio de la base de Guantánamo, con una extensión de 117.6 km² aproximadamente, territorio del que se apropió en 1898, durante la ocupación militar, y que posteriormente arrendaría, en 1903. La complejidad no culmina ahí, porque Cuba ha hecho una revolución anti-capitalista y socialista en plena guerra fría, en el momento de mayor esplendor, poderío y auge del capitalismo y de Estados Unidos en específico, situada apenas a noventa millas de distancia.

Para mayor agravante, Cuba siempre fue vista por los gobernantes estadounidenses, desde el siglo XIX, cuando todavía era colonia española, como una extensión de su territorio, que estaba llamada a caer, en su momento, bajo su dominio, como “una fruta madura”, que no tenía posibilidad de escapar a una ley inexorable de la geopolítica. La historia, sin embargo, ha demostrado algo muy distinto a ese vie-

jo sueño estadounidense. Quizás esto sea algo que todavía los estrategas y gobernantes de dicho país no han logrado entender y asimilar.

¿Cómo y por qué Cuba no pudo ser dominada como Puerto Rico, que incluso queda más distante? ¿Cómo y por qué desarrolló unos valores identitarios y de autodeterminación tan firmes y profundos, que imposibilitaron el dominio que sí han logrado ejercer en otros países? ¿Cómo y por qué una isla tan pequeña (109 884 km², frente a 9 834 millones km²) produjo personajes políticos y militares de tanta dimensión, indoblegables como José Martí, Antonio Maceo, Fidel Castro; y por si fuera poco atrajo y adoptó como suyos a otros titanes de talla internacional similar como Máximo Gómez y Ernesto Che Guevara? ¿Cómo y por qué ese pequeño país desarrolló un pueblo tan rebelde, tan combativo, con tanta capacidad de resistencia? ¿Cómo han sido capaces de organizarse y declararse en “Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba”, para salir en defensa de su soberanía, y actuar, además como portavoces de los intereses del pueblo latinoamericano?¹ Esas y otras muchas interrogantes siguen vigentes en la actualidad.

Las revoluciones, como todas las acciones políticas, se evalúan y miden por sus resultados, sus logros, lo que prometieron o propusieron alcanzar, y lo que cumplieron. Algunos se producen de inmediato, en el corto plazo: en la experiencia cubana fueron, por ejemplo, los casos de la derrota y desarticulación del ejército batistiano, la alfabetización, la reforma agraria; otros, como el educativo y el de la salud, a mediano plazo, pues están sujetos a variables que no se pueden alterar tan fácilmente.

¹ Primera Declaración de La Habana, el 2 de septiembre de 1960; Segunda Declaración de La Habana, 4 de febrero de 1962 (Castro, 1983). Por lo demás, salir en defensa de Nuestra América es un principio martiano, proclamado en su célebre carta del 11 de mayo de 1895, dirigida a su amigo Manuel Mercado: “Ya puedo escribir...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber...de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré es para eso”.

te. De todas maneras, logros como estos últimos tienen incidencia fundamentalmente a nivel nacional, y repercusión a escala internacional, pues han servido como ejemplo para otros pueblos, otras sociedades.

Como producto de las conquistas de esta revolución –para algunos el hecho histórico más importante de la historia latinoamericana, después de la Revolución de Independencia de 1810– Cuba se ha convertido en un paradigma a ser estudiado en las más diversas dimensiones. Es por ello que no resulta extraña la inmensa cantidad de investigaciones que se han producido sobre este verdadero fenómeno político latinoamericano y caribeño.

Los cambios internacionales: políticos, sociales y culturales

El triunfo de la Revolución Cubana visibilizó a América Latina y el Caribe a escala internacional. A partir del primero de enero de 1959, el mundo volteó a ver a Nuestra América con nuevos ojos, con un interés inusitado, porque lo que en ella ocurría dejaba de ser intrascendente, adquiriendo otra dimensión. Además, a partir de ese histórico momento América Latina comenzó a verse a sí misma, a revalorizar su importancia, a redimensionar su pasado, su presente y su futuro.

Miles de jóvenes salieron, cargados de ideales, con una ilusión desbordante a realizar estudios en universidades europeas que le abrieron sus puertas, como la Universidad Patricio Lumumba de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); también lo hicieron hacia otras naciones socialistas, y en particular hacia Cuba, que de inmediato desarrolló programas de estudios universitarios, becas y viviendas para acoger jóvenes latinoamericanos y caribeños, en diferentes carreras. Otros se dirigieron a prestigiosas universidades de países capitalistas, tanto en Europa, como en Estados Unidos y Canadá.

El estudio e interés por tener una mayor y mejor formación, por cultivarse en distintas manifestaciones de la ciencia, la cultura y el arte, se convirtió en una meta, una necesidad y un reto para buena parte de la juventud latinoamericana y caribeña de la época. Había que prepararse, con una sólida formación, para conformar el capital humano que se iba a requerir para hacer la revolución, transformar nuestras sociedades. El sueño del “hombre nuevo” de aquel texto mítico, *El Socialismo y el hombre en Cuba*, que había esbozado Ernesto “Che” Guevara en la carta dirigida en 1965 a Carlos Quijano, director del semanario uruguayo *Marcha* (Guevara, 1967), había encarnado en muchos jóvenes que lo asumían como una verdadera utopía liberadora.

Los textos clásicos de pensadores latinoamericanos desde la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar; el *Ariel* de José Enrique Rodó; el *Hombre Mediocre* de José Ingenieros; *La raza cósmica* de José Vasconcelos; *El antimperialismo y el Apra*, de Víctor Raúl Haya de la Torre; los *Siete ensayos de interpretación de la sociedad peruana*, de José Carlos Mariátegui, pasando por *Sandino, general de hombres libres*, de Gregorio Selser, *Los condenados de la tierra*, y ¡*Escucha, blanco!*, de Frantz Fanon, entre otros muchos eran editados o reeditados, en algunos casos por decenas de miles de ejemplares para ser devorados, analizados y discutidos.

Desde América del Sur llegaban obras que eran verdaderas joyas, pues a través de rigurosas investigaciones permitían conocer las raíces y modalidades del dominio imperialista. Tales eran los casos, por ejemplo, de *La diplomacia del dólar*, de Scott Nearing y Joseph Freeman; *Nuestros Banqueros en Bolivia*, de Margarita Alexander Marsh; y *Nuestra colonia de Cuba*, de Leland H. Jenks.

Además, los círculos de estudios, agrupaciones y talleres literarios, lo mismo que las organizaciones políticas proliferaron por Nuestra América. Ya eran conocidas las primeras obras de la Teoría Desarrollista cepalina de Raúl Prebisch; de inmediato, como crítica iría

surgiendo la Teoría de la Dependencia. Eran las propuestas para superar el modelo agroprimario-minero exportador de desarrollo hacia afuera, por uno de desarrollo hacia adentro, el de industrialización por sustitución de importaciones, que muy rápidamente evidenció sus limitaciones, a causa de lo que fue planteado como el carácter de dependencia de la economía latinoamericana y caribeña.

Más tarde surge, a su vez, la Teología de la Liberación, a partir del Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín (1968) en Colombia. Aparecen así los primeros pensadores y activistas al interior del mismo seno de la Iglesia Católica. Obispos y sacerdotes deciden unirse a la causa de los pobres. Helder Cámara, Arzobispo de Olinda y Recife en Brasil; Sergio Méndez Arceo, Obispo de Cuernavaca en México; Monseñor Leónidas Proaño, Obispo de Riobamba, Ecuador, y así sucesivamente en América Latina.² Todos de gran prestigio y enorme influencia en las grandes mayorías de la población, rurales y urbanas, que el capitalismo había dejado marginadas, o que las estructuras pre-capitalistas, de carácter oligárquico obstruían su acceso a los niveles de modernidad que se iban desarrollando.³

De este movimiento surgirían los primeros nuevos mártires: Camilo Torres, en Colombia, quien tomó el fusil y subió a las montañas, optando por la vía armada en defensa de los pobres, en 1966; Oscar Romero, Arzobispo

de El Salvador, fue asesinado en pleno acto religioso en el templo de su iglesia, en 1980. Otros, como Ernesto Cardenal y Miguel D'Escoto, llegarían a desempeñar altos cargos en el gobierno de Nicaragua, tras haberse incorporado al Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Nunca antes América Latina y el Caribe habían conocido una lucha tan intensa. Instituciones poderosas y tradicionales de dominación, como la Iglesia Católica, y las Fuerzas Armadas, mostraban serios signos de agrietamiento. La primera, con la Teología de la Liberación; la segunda, con lo que los propios estrategas estadounidenses calificaron como “nacionalismo” en las fuerzas armadas (Comblin, 1978:168-175). Tales fueron los casos del Coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó en República Dominicana, que en 1965 tomó las armas para enfrentar la ocupación militar estadounidense (Caamaño, 1985; Hermann, 1985). El general Juan Velasco Alvarado, en Perú, quien en 1968 asumiría el liderazgo del gobierno, impulsando una serie de reformas de carácter anti-oligárquico (Velasco Alvarado, 1971; 1972).

Paralelamente había entrado en acción, con una fuerza inusitada, el movimiento estudiantil, que logra su máxima expresión de lucha durante mayo de 1968.

El triunfo de la Revolución Cubana había propiciado las condiciones para que surgieran y se desarrollaran estas corrientes del pensamiento social, que nos aproximaban a una especie de “renacimiento latinoamericano”.

Aunque expulsada de la OEA y bloqueada por Estados Unidos, Cuba estaba presente en la conciencia social latinoamericana y caribeña, con más fuerza que nunca. Sus vínculos eran diversos, a través de Casa de las Américas, y fundamentalmente de Radio Habana Cuba, que al ser sintonizada se escuchaba una voz acoplada que se identificaba así “Transmitiendo desde Cuba, territorio libre de América”. Pocas radioemisoras latinoamericanas han

² Gracias al prestigio que alcanzaron con base en sus luchas por los pobres, algunos fueron candidatos varias veces al Premio Nobel de la Paz, como el obispo brasileño Helder Cámara, y el ecuatoriano Monseñor Leónidas Proaño.

³ Posiblemente el único vínculo con Cuba de estos sacerdotes de la Teología de la Liberación, era la coincidencia de su lucha por los pobres, por la justicia social, aunque era conocido que algunos de ellos habían expresado su apoyo y solidaridad con Cuba, como el Obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, a quien llamaban el “Obispo Rojo”. Y lo mismo podríamos decir de otros, como los nicaragüenses Ernesto Cardenal y Miguel D'Escoto, quien llegó a declarar a raíz del fallecimiento de Fidel Castro, que éste era “Profeta” y “Santo”; D'Escoto fue durante muchos años Canciller de Nicaragua, durante el gobierno sandinista. El tema guardaba tanta importancia, que a mediados de la década de 1980 Fidel Castro concedería una larga entrevista al fraile dominicano brasileño, Frei Betto, que vio la luz pública como libro, *Fidel Castro y la Religión. Conversaciones con Frei Betto* (Betto, 1986).

tenido mayor sintonía e influencia en el pensamiento de Nuestra América. En ella se tenía la oportunidad de escuchar en vivo los discursos de Fidel Castro desde la Plaza de la Revolución, ante decenas o centenares de miles de personas. Sus discursos eran verdaderas cátedras, desarrolladas tanto desde dicha plaza, como desde otros foros y escenarios, incluyendo el de las Naciones Unidas.

Por primera vez América Latina se pensaba a sí misma, y también lo hacía el Caribe. De esta manera se fueron construyendo las condiciones para que esta región dejara de ser conocida a partir de las interpretaciones que se hacían desde los centros de poder hegemónico en Europa o en Estados Unidos. Además de las revistas especializadas y las editoriales cubanas, mexicanas y argentinas, cuyos libros eran buscados con mucho interés, a finales de 1960, aparecerían dos grandes obras de investigación. Una del trinitobaguense Eric Williams, *From Columbus to Castro. The History of the Caribbean, 1492-1969*, y otra del dominicano Juan Bosch, *De Cristóbal Colon a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial*. Ambos fueron destacados escritores, políticos y estadistas que habían ejercido el poder, en búsqueda de nuevos horizontes. De ahí que no sea extraño que los dos tomaran a Fidel Castro como figura emblemática en el Caribe, lo que se expresara en el título y análisis de las obras en referencia.

Pues precisamente el político y escritor dominicano Juan Bosch (1909-2001), luchador por la democracia durante toda su vida, entendió así el significado del triunfo de la Revolución Cubana, en carta enviada al dictador Rafael Leónidas Trujillo Molina, el 27 de febrero de 1961, para advertirle que sus días estaban contados, que no podía seguir actuando impunemente, como lo había hecho hasta ese momento.

La atmosfera política del hemisferio sufrió un cambio brusco a partir de 1 de enero de 1959. Sea cual sea la opinión que tenga de Fidel Castro,

la historia tendrá que reconocerle que ha desempeñado un papel de primera magnitud en ese cambio de atmosfera continental, pues a él le ha correspondido la función de transformar a pueblos pacientes en pueblos peligrosos. Ya no somos tierras sin importancia, que pueden ser mantenidas fuera del foco de interés mundial. Ahora hay que pensar en nosotros y elaborar toda una teoría política y social para satisfacer el hambre de libertad, de justicia y de pan del hombre americano (Bosch, 2009:311-312).

Tres meses después de que Bosch escribió esta carta, el dictador dominicano —a la sombra del cual quiso protegerse Fulgencio Batista cuando huyó de Cuba— cayó abatido a balazos, el 30 de mayo de 1961. El Caribe, y con él América Latina, habían comenzado a cambiar.

La elaboración de una nueva política a ser aplicada en América en ese nuevo contexto internacional, como señala Bosch, no se hizo esperar de parte del poder hegemónico del norte. Señalemos al menos tres acciones, consideradas representativas, que son de conocimiento público, y en su momento fueron ampliamente debatidas. Las tres, de carácter reactivo, como respuesta a lo que estaba ocurriendo en Cuba, o más bien para tratar de impedir eventuales nuevos acontecimientos como ese. Nos referimos al cambio de la doctrina de seguridad hemisférica de Estados Unidos, la Alianza para el Progreso y el Cuerpo de Paz.

Nueva doctrina de seguridad hemisférica

Desde el inicio de la guerra fría, en 1947, la doctrina de seguridad hemisférica impulsada por Estados Unidos estuvo orientada a preparar a los ejércitos aliados para enfrentarse a una guerra convencional, en defensa del “mundo libre”, contra el “comunismo internacional”, identificado en la Unión

Soviética. Por tanto, el entrenamiento era para defenderse de una eventual agresión externa, de las fuerzas armadas soviéticas, o dirigidas por éstas. Fue con esa lógica que en 1947 se firmó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR).

Con el triunfo del Ejército Rebelde sobre el ejército batistiano en Cuba —creado por Estados Unidos durante la ocupación militar de principios del siglo XX—, aplicando una guerra de guerrillas (Guevara, s/f), bajo el liderazgo de Fidel Castro, muy rápidamente los estrategias estadounidenses llegaron a la conclusión de que había que cambiar la doctrina de seguridad. El enemigo que ellos habían identificado no estaba fuera, y por tanto la preparación para una guerra convencional no tenía sentido. El enemigo estaba dentro de la propia nación. El Ejército Rebelde había surgido, se nutrió y desarrolló desde la propia sociedad cubana, del campesinado, de los trabajadores, de las capas medias. De ahí la necesidad —según los estrategas estadounidenses— de que, como parte fundamental del cambio estratégico, los mismos militares realizaran “acciones cívicas”, particularmente en las zonas rurales, que les permitieran conocer la topografía de la región, y entrar en contacto con la población, con sus necesidades, sus hábitos y tradiciones. De esa manera podían adelantarse a la llegada de eventuales guerrilleros, y dominar el medio, algo que el ejército de Batista no pudo hacer. Estas acciones cívicas incluían trabajos de servicios públicos, como los de salud, reparación y construcción de edificios, puentes y obras de infraestructura (Comblin, 1978:167-175).

Para lograr esto, las fuerzas armadas latinoamericanas serían entrenadas por fuerzas especiales, al estilo de los “Boinas Verdes”, y otras unidades élites existentes en la Escuela del Ejército Americano para las Américas, así como en el Colegio Interamericano de Defensa, en Washington y en varios lugares de Estados Unidos, lo mismo que en el Complejo Militar Norteamericano en Panamá, del Comando Sur.

A partir de la década de los sesenta, estas instituciones o colegios militares se vieron en la necesidad de adiestrar y graduar, de manera acelerada a miles de militares latinoamericanos. Las demandas, así lo exigían. América Latina y el Caribe se habían convertido en un polvorín, en una verdadera bomba de tiempo, con revueltas campesinas y movimientos guerrilleros a lo largo de todo el continente. Los pueblos latinoamericanos entendieron que la vía armada era la opción ideal para acceder al poder, y realizar los cambios económicos sociales y políticos profundos que demandaban sus países. Los intentos que se habían hecho por vías convencionales, pacíficas, en procesos electorales, habían fracasado, uno tras otro.

Toda América Latina y el Caribe, desde México hasta Chile y Argentina, en la parte más austral del continente conoció experiencias guerrilleras; unas muy breves, otras prolongadas, como la colombiana de las FARC, que apenas en 2016 ha firmado un acuerdo de paz para desmovilizarse y emprender la lucha política por la vía democrática; o las guerrillas de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), que duró 36 años, y sólo en 1996 firmó un acuerdo de paz. La mayoría de las guerrillas fueron rurales, en el campo, en las montañas; pero otras fueron urbanas, como los Tupamaros en Uruguay, o la de Carlos Marighella en Brasil, a finales de la década de los sesenta.

De este largo ciclo guerrillero, sólo triunfaría el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), en Nicaragua, en 1979, veinte años después del cubano. Justamente alrededor de esos años la guerrilla había alcanzado un nuevo impulso en los países centroamericanos, que parecía ponerlo en la antesala de la victoria, no obstante la participación a fondo que había asumido Estados Unidos en estos conflictos bélicos, pues se colocaba en la frontera de una intervención militar directa, algo que había querido eludir con su doctrina contrainsurgente.

Más que el éxito de la nueva estrategia, quizás tendríamos que plantear que el ciclo de las guerrillas se agotaba como modalidad para acceder al poder, por diversos factores, regionales y extra-regionales. En primer lugar, se había producido una especie de “empate” entre el ejército y la guerrilla. Fue lo ocurrido entre el ejército salvadoreño y el FMLN; en segundo lugar, el agotamiento de la población después de tantos años de conflicto bélico, sin visualizar con claridad la salida del mismo; en tercer lugar, el fin de la guerra fría, como resultado de la caída del Muro de Berlín, en 1989, y la desintegración de la URSS en 1991, es decir, la crisis del llamado “socialismo realmente existente”.

En tanto que ninguno de los dos contendientes —guerrilla y ejército— podía triunfar, se impuso la negociación para tratar de llegar a un acuerdo de paz, y luchar por la vía democrática para alcanzar el poder. En rigor, al menos en El Salvador, desde 1984 se había dado inicio a una serie de rondas de negociaciones, que fueron produciéndose en diferentes lugares del país, hasta firmarse el Acuerdo de Paz de Chapultepec, en México, el 16 de enero de 1992. Con este acuerdo de paz, y el que se produciría en diciembre de 1996 entre el gobierno guatemalteco y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), avalado por la ONU, y que ponía fin a 36 años de guerra en este país centroamericano, se cerraba el ciclo guerrillero en la región.

De esta manera la izquierda, en sus diferentes modalidades y posiciones, había quedado fragmentada, dispersa, sin horizonte estratégico definido para llegar al poder e impulsar proyectos de transformaciones sociales. Con el Foro de Sao Paulo se daría inicio a una búsqueda de reagrupamiento de todos estos sectores de lo que después se denominaría la “nueva izquierda”. Proceso que se desarrollaría bajo el liderazgo de Luiz Inácio Lula da Silva, y el Partido de los Trabajadores (PT) (López Castellanos, 2001). Desde ese momento a la actualidad, 2017, se han realizado veintidós foros en distintos países latino-

americanos y del Caribe. En estos espacios de análisis, reflexión y debate, se propuso, por un lado, estudiar el impacto y las consecuencias que tendría para la región la caída del Muro de Berlín, y del llamado socialismo real; a su vez, analizar el impacto del neoliberalismo que justamente en esos años había comenzado a imponerse, particularmente a partir del llamado Consenso de Washington, de 1989; y de esa manera hacer propuestas alternativas, que pudieran ser ejecutadas en caso de llegar al poder como se lo estaban proponiendo, vía democrática electoral.

El primero de los líderes integrantes de este foro en llegar al poder fue Hugo Chávez en Venezuela, en 1998; posteriormente lo haría Lula da Silva en Brasil, en 2003, y así sucesivamente (Rodríguez Garavito, Barrett y Chávez, 2006; Stolowicz, 2007); otros miembros de la Nueva Izquierda sólo llegarían a alcanzar cierta cuota de poder, en elecciones municipales fundamentalmente.

En 1989 se había caído el Muro de Berlín, y se producía el colapso del socialismo real. Sin embargo, en Nuestra América las tareas de reformas sociales, que permitieran abatir la pobreza, el hambre, erradicar el analfabetismo, elevar la educación y la salud, seguían formando parte de los grandes pendientes, o deudas sociales con los que tendrían que enfrentarse los partidos y gobernantes en la región. Por lo mismo, no resulta extraño que haya sido precisamente después de la guerra fría, en septiembre del año 2000 cuando los jefes de Estado y de gobierno de 147 países y 42 ministros y jefes de delegaciones se reunieran en la Asamblea General de las Naciones Unidas para enfrentar problemas sociales a los que era inminente darle solución. De ahí los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) (ONU, 2005), que debían de cumplirse en el año 2015. Los ocho objetivos, en rigor, son los siguientes: 1) erradicar la pobreza y el hambre; 2) lograr la enseñanza primaria universal; 3) promover la igualdad de género y la potenciación de la mujer; 4) reducir la mortalidad infantil; 5) mejorar la salud materna; 6)

combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades; 7) garantizar la sostenibilidad del medio ambiente, y 8) establecer una alianza mundial para el desarrollo.

Tuvieron que pasar cerca de cinco décadas para que en América y el mundo entero, a través de sus jefes de Estado y de Gobierno, se entendiera y aceptara —aceptación en la práctica, ya que formalmente nunca fue expresado así— que las reivindicaciones sociales que había planteado el Movimiento 26 de julio, en octubre de 1953, después del asalto al Cuartel Moncada, recogido en el célebre discurso de defensa del entonces joven abogado Fidel Castro, *La historia me absolverá*,⁴ no constituían delito alguno. Eran una demanda, una necesidad en Cuba, en América Latina y el mundo entero.

No tiene caso preguntarse cuántos millones de vida se hubieran salvado si desde aquél entonces los países del mundo se hubieran propuesto alcanzar tales objetivos pacíficamente, que de alguna manera ya estaban recogidos y planteados por el Movimiento 26 de Julio, en 1953.

Dos últimas observaciones al respecto. La primera que cuando estos objetivos fueron lanzados en el año 2000, Cuba se había adelantado y cumplido en parte con la mayoría de estos, y posteriormente, en el año 2015, Cuba pudo cumplir con los ODM, como no lo pudo hacer ningún otro país latinoamericano. La segunda observación, es que los ODM se lanzan en el momento más difícil e inoportuno, en términos de modelo económico, para los países latinoamericanos y del Caribe. El Estado keynesiano, que había dado lugar al conocido Estado benefactor, había entrado en crisis, y fue sustituido por el modelo neoliberal. Hasta ahora, lo que este modelo nos ha

mostrado en América Latina y el Caribe, en las últimas décadas, es una mayor inequidad, en términos de concentración de la riqueza, y ampliación de la pobreza, e incluso de la pobreza extrema.

La Alianza para el Progreso

En agosto de 1961, dos años y medio después del triunfo de la Revolución Cubana, a petición del Presidente John F. Kennedy se celebraba una Cumbre de Cancilleres de América en Punta del Este, Uruguay. En ella participaron delegados de todos los países de la región. El propósito, según se había anunciado, era el de impulsar un proyecto que permitiera “Mejorar la vida de todos los habitantes del Continente”, a través de una serie de reformas sociales, en el plazo de diez años. El costo, 20 mil millones de dólares. Era la respuesta de Estados Unidos al desafío de la Revolución Cubana, con el fin de contrarrestar el ejemplo que ésta había comenzado a dar. Se quería evitar que la isla del Apóstol José Martí se constituyera en un referente, en un modelo a seguir por los países de la región.

Por primera vez en la historia contemporánea de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina se anunciaba que se prestaría atención a una reforma agraria, al establecimiento de gobiernos democráticos, a la eliminación del analfabetismo, a programas de educación y de salud, a impulsar medidas equitativas de distribución del ingreso. Para tales fines, Estados Unidos ponía su esperanza en la colaboración de gobernantes progresistas, algunos de ellos partidarios del modelo desarrollista sustentado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) desde finales de la década de los cuarenta. Pocos años antes, quienes quisieron impulsar proyectos similares, encontraron la resistencia de los centros de poder hegemónico, que les cerró el paso a la presidencia, los desestabilizó o derrocó, si es que habían llegado al gobierno. Los ejemplos

⁴ En el referido discurso de Fidel Castro hay una parte que consiste en lo que podría ser considerado su programa de gobierno, en caso de haber triunfado en la toma al Cuartel Moncada; como no lo lograron, sino hasta enero de 1959, sería ahí cuando se aplicaría (Castro, 1983).

al respecto abundan, pero el más trágico y elocuente en ese momento era el del presidente guatemalteco, Jacobo Árbenz, en 1954. Árbenz, electo democráticamente en 1951, fue derrocado por un movimiento armado organizado por Estados Unidos desde Honduras, bajo la dirección del coronel Castillo Armas (Schlesinger y Kinzer, 1982; Valdés Ugalde, 2004). Árbenz había hecho reformas democráticas en Guatemala, entre ellas la agraria, que afectaba los intereses de la *United Fruit Company*, de capital estadounidense. Tenemos que decir que las reformas que no se pudieron lograr en Guatemala en 1954, se alcanzaron en Cuba en 1959, bajo el liderazgo de Fidel Castro.

Sin embargo, aún después del primero de enero de 1959, los intereses y el poder de las oligarquías locales y de las compañías estadounidenses, impidieron las reformas agrarias, y políticas democráticas. Los grandes latifundios constituían la fuente principal de donde extraían sus riquezas los inversionistas, locales y extranjeros. La Alianza para el Progreso, que sólo tenía fines geoestratégicos, para que no se produjeran cambios profundos, aunados a la resistencia que encontró en el mismo congreso de Estados Unidos, sucumbió pocos años después de la muerte de JF Kennedy. De todas maneras, plantear reformas agrarias y políticas sociales, dejó de ser un tabú en América Latina, aunque no llegaron a aplicarse.

El Cuerpo de Paz

El 1° de marzo de 1961, el Presidente John F. Kennedy emite un decreto por medio del cual deja oficialmente establecido el Cuerpo de Paz, integrado por grupos de jóvenes voluntarios para brindar apoyo a la población en los países donde fueran destinados. No podemos olvidar que en la coyuntura internacional de esa época, el rechazo a la política norteamericana en la región había alcanzado un gran apoyo popular, que tenía diferentes expresiones. Esa imagen era la que se quería cam-

biar. Presentar a Estados Unidos como un país solidario dispuesto a impulsar reformas, proyectos de cooperación y bienestar.

Por eso el presidente Kennedy enviaba a América Latina, como gesto de amistad, rostros jóvenes, sensibles y entusiastas. El objetivo que se buscaba con la Alianza para el Progreso, se reforzaba con el del Cuerpo de Paz, con el de esos jóvenes soñadores que se sacrificaban para compartir con sus hermanos latinoamericanos. Imagen muy diferente a la de los “boinas verdes” y oficiales que entrenaban a los militares en las academias militares contrainsurgentes a las que ya hemos hecho referencia, de donde saldrían buena parte de los dictadores de la época. Se pretendía, a su vez, que esos jóvenes establecieran vínculos con América Latina, que podrían ser procesados y utilizados con otros fines por los estrategas estadounidenses.

En la memoria histórica latinoamericana no se había podido borrar el significado de la Doctrina Monroe, “América para los Americanos”, de principios del siglo XIX; y tampoco se había olvidado la política del “Big Stick”, o “Gran Garrote”, aplicada durante muchos años en las primeras décadas del siglo XX, y que habían implicado agresiones e intervenciones militares prolongadas, como la de Haití (1915-1934) o la de República Dominicana (1916 al 1924), entre otras muchas.

Por eso, la nueva coyuntura que se iniciaba a partir de 1959, y la política de agresión que se había comenzado a manifestar de parte de Estados Unidos hacia la patria del Apóstol José Martí, había hecho recordar aquellas relaciones conflictivas, de dominación, que no parecían haber sido superadas. Quizás por esa memoria histórica, fue que en América Latina y el Caribe se desconfió de esos jóvenes del Cuerpo de Paz, a quienes algunos llegaron a acusar de formar parte de una red de espionaje, al servicio de la CIA. Ciertamente o no, esto es algo que quizás sólo los documentos desclasificados podrán arrojar luz al respecto.

En síntesis, tanto la Alianza para el Progreso, como el Cuerpo de Paz, se presentaban como la cara amistosa de colaboración de Estados Unidos, cuando en realidad sólo eran políticas reactivas a lo que significaba el triunfo de la Revolución Cubana.

El mundo mira hacia Nuestra América

La intelectualidad

El impacto de la Revolución Cubana había atraído a la intelectualidad europea y estadounidense a viajar a América Latina, particularmente a Cuba. El propósito era conocer desde dentro lo que allí sucedía. Cuba se había convertido en un laboratorio social inédito, las viejas utopías del socialismo parecían hacerse realidad. De los primeros intelectuales de talla internacional que visitaron la isla se destacan: Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, reputados pensadores franceses de la época, viajan a Cuba y durante un mes recorrieron el país y se entrevistaron con Ernesto Che Guevara y un grupo de intelectuales cubanos (Sartre, 1961). Lo mismo hicieron los prestigiosos economistas estadounidenses Leo Huberman y Paul M. Sweezy (1968);⁵ Wright Mills (1961), el más destacado sociólogo de la época, profesor de la Universidad de Columbia; Waldo Frank, el destacado escritor estadounidense, y René Dumont, el especialista francés en temas agrarios.⁶

Desde 1959, a los pocos meses del triunfo de la Revolución Cubana, se crean diversas insti-

tuciones para impulsar la cultura y el arte, para darle proyección internacional. Entre estas, cabe destacar Casa de las Américas, bajo la dirección de Haydée Santamaría, la cual se encargaría de nuclear a los más destacados escritores y valores artísticos latinoamericanos y caribeños, dispersos por toda América. El Premio Casa de las Américas se dedicaría a proyectar internacionalmente a consagrados y noveles escritores en la poesía, la narrativa, y el ensayo, fundamentalmente. Sin el papel jugado por el Premio Casa de las Américas, y la revista homónima que editaba la misma institución, difícilmente se podría explicar el surgimiento del movimiento literario conocido como *boom* de la literatura latinoamericana, que lanzaría y consagraría a los más altos valores de la región. Julio Cortázar, Mario Benedetti, Ángel Rama, David Viñas, Adolfo Sánchez Vázquez, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Antonio Cisneros, Ernesto Cardenal, Nicolás Guillen y Mario Vargas Llosa, entre otros muchos, que fueron asiduos colaboradores de Casa de las Américas.

De esta manera, Nuestra América pasaba a tener voz propia, a través de sus más representativos pensadores, escritores y artistas, que eran editados no sólo en su continente, sino también en Europa y otras latitudes.

Casa de las Américas también fomentaría la música, particularmente a través de festivales, en los que se daban cita los más connotados intérpretes, músicos y compositores latinoamericanos. En agosto de 1967 se realizó en La Habana el Festival de la Canción Protesta, encuentro internacional de medio centenar de artistas de todo el mundo. Años después se realizaron en distintos países del continente festivales que siguieron el mismo modelo.

Una labor de Casa de las Américas que no se puede pasar por alto, ya que ha contribuido a la integración cultural caribeña, es la traducción y edición en español de obras clásicas de autores de las subregiones inglesa, francesa

⁵ Estos investigadores hicieron una primera visita de tres semanas, en marzo de 1960, con lo que realizaron y publicaron la primera edición del libro, que tuvo enorme acogida en Estados Unidos y otros países. Como los cambios que se producían en Cuba eran muy rápidos e intensos, hicieron una segunda visita, en la que tuvieron la oportunidad de compartir y viajar por la isla caribeña con Fidel Castro. Producto de este segundo viaje, prepararon un epílogo a la nueva edición de la obra.

⁶ Entre 1960 y 1969 Dumont visitó Cuba por lo menos cuatro veces, invitado por el gobierno en su calidad de especialista en planificación y asuntos agrarios. Con motivo de estas visitas, sostuvo reuniones de trabajo con Fidel Castro y las más altas autoridades agrarias del país. Según señala él mismo, se produjo una situación tensa, a causa de sus planteamientos críticos.

y holandesa,⁷ particularmente de investigaciones históricas,⁸ así como también de obras literarias.⁹

En el mismo año de 1959, se crea el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), llamado a producir y difundir el cine cubano. En pocos años llega a realizar decenas de largometrajes del más alto nivel estético, muchos de las cuales concurren y triunfan en los más prestigiados festivales cinematográficos internacionales. Con la participación del ICAIC y de destacados directores de cine latinoamericano que impulsaban movimientos nacionales en sus respectivos países se desarrolla, o adquiere una nueva dimensión, el movimiento conocido como Nuevo Cine Latinoamericano. También en esta manifestación artística Nuestra América pasaba a tener voz propia a nivel internacional. Directores como el brasileño Glauber Rocha –padre del Nuevo cine brasileño (Rocha, 1965)– eran respetados y aclamados en Europa y en todo el mundo. Muchos de ellos, como el boliviano Jorge Sanjinés, y el mismo Rocha guardaban estrechos lazos con Cuba, donde llegaron a residir, estudiar o producir obras. Cuba se había convertido en un referente obligatorio en la producción cinematográfica. Los festivales y las salas de cine de la isla se transformaron en el mejor termómetro para medir la calidad de una película o documental. El pueblo cubano fue considerado como el de mejor formación cinematográfica en Nuestra América.

El ICAIC, el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, que reemplazó al Festival de Cine de Cuba, la revista *Cine Cubano*, y la línea editorial allí impulsada, lo mismo que la escuela de cine, por donde pasaron y se formaron muchos de los cineastas latinoamericanos, contribuyeron a que se alcanzaran tan importantes logros.

⁷ Entre otras, podemos señalar las obras de Millette (1985), de De Kom (1981) y de Dallas (1980).

⁸ Por nombrar algunas: Labat (1979); Nugent y Nara Araújo (1983) y Goslinga (1983).

⁹ Por ejemplo: Williams (1976), Mais (1978) y Carew (1982).

Descolonización en el Caribe (1962-1983)

En 1959, al momento del triunfo de la Revolución Cubana, América Latina y el Caribe contaban con veinte países independientes. Dos décadas más tarde, como parte del impacto geopolítico que había provocado la Revolución en la región, este perfil había sufrido un cambio sustantivo, pasó a contar con 33 naciones.

En efecto, de 1962 a 1983 se había producido un acelerado proceso de descolonización, trece nuevos países se independizaron. Ante las luchas anticolonialistas que se venían produciendo desde décadas anteriores, enfocadas fundamentalmente en la identidad cultural, y ante el temor de que estos procesos se fueran a radicalizar y pudieran surgir nuevas “Cubas”, los centros de poder colonialistas prefirieron comenzar a negociar las independencias. Las primeras en alcanzarla fueron Jamaica y Trinidad Tobago (1962); de inmediato siguieron Barbados y Guyana (1966); Grenada (1974), Surinam (1975). Después Dominica (1978); Belice y Antigua-Barbuda (1981), para cerrar este ciclo de descolonización con San Cristóbal-Nieves (1983). Todos estos nuevos Estados establecieron muy rápidamente relaciones diplomáticas con Cuba, pasando por alto la expulsión que había hecho la OEA, y la ruptura de relaciones diplomáticas con la patria de José Martí. En realidad, las medidas aplicadas por esa Organización a Cuba no eran vinculantes con estos nuevos países del Caribe, pues ellos todavía no habían alcanzado su independencia.

De todas maneras, en 1979, dos décadas después del triunfo de la Revolución Cubana, el proceso de descolonización parecía entrar en una etapa de profundización. En Grenada, que apenas tenía cinco años de haberse independizado, se produce una revuelta militar, fue destituido el dictador Eric Gairy, asu-

miendo el poder el Movimiento de la Nueva Joya, bajo el liderazgo de Maurice Bishop, en calidad de Primer Ministro. Fue así como Grenada inició un proceso de apertura y de transformaciones sociales, acercándose a Cuba y estableciendo relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Cuba le otorga un fuerte apoyo en sus necesidades educativas, de salud y en obras de infraestructura. Se comienza la construcción de un aeropuerto internacional que le permitiera a la isla caribeña una mejor comunicación con los mismos países del Caribe, así como con todo el mundo.

Al siguiente año, en febrero de 1980, en Surinam, antigua colonia holandesa independizada en 1975, se produce un golpe de Estado, conocido como el Movimiento de los Sargentos, bajo el liderazgo del teniente coronel Desiré Delano Bouterse. Aunque el origen de este movimiento militar era un conflicto con las autoridades holandesas, fueron planteadas una serie de reivindicaciones nacionales, particularmente para las fuerzas armadas. De todas maneras se interpretó que Surinam también intentaba profundizar el proceso de descolonización. No olvidemos que el 19 de julio de 1979 había triunfado el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, y el Caribe entraba en una compleja etapa dentro de la guerra fría.

En 1980, preocupados por lo que ocurría en el Caribe, los estrategas estadounidenses elaboran el Documento de Santa Fe (Selser, 1988), que le permitiría a Ronald Reagan, al asumir la presidencia de Estados Unidos en enero de 1981, lanzar lo que él denominó la recuperación del dominio hegemónico del Caribe, que según dichos estrategas se había convertido en un “lago comunista”, bajo el dominio soviético. A Cuba la consideraban el más peligroso enemigo que tenía Estados Unidos en la región.

De esta manera, el 25 de octubre de 1983 Estados Unidos decide intervenir militarmente en la isla de Grenada, ante el peligro que – según los estrategas– significaba para su segu-

ridad. Con esta intervención militar, el Caribe queda dividido políticamente, pues una parte apoyaba la agresión militar estadounidense, mientras la mayor parte la rechazaba o condenaba. La acción tuvo serias consecuencias en el proceso de integración del área, que se venía impulsando desde hacía algunos años. Además, quebró el proceso de descolonización iniciado en 1962. Después de 1983, ningún nuevo país de la región pasó a ser independiente.

Consideraciones finales

En 2016, cuando fallece Fidel Castro Ruz (1926-2016), ideólogo y líder histórico de la Revolución Cubana, ésta había cumplido 57 años de haber triunfado. La Revolución tenía, desde sus orígenes, un carácter multidimensional, pues se propuso como meta el ambicioso programa de gobierno, esbozado en julio de 1953, dado a conocer en el discurso de autodefensa *La historia me absolverá*.¹⁰ Este ha sido cumplido en su totalidad y mucho más. Por todo ello, habría que plantear que el gran legado de Fidel Castro es la Revolución Cubana en sí, por las características peculiares que tiene, frente a las otras revoluciones, como ya hemos señalado.

Para su desarrollo Fidel retomó un principio martiano¹¹ importante, que él conocía muy bien y lo supo aplicar con maestría desde el primer momento. En efecto, se logró producir una articulación orgánica, una estrecha relación entre el pueblo y su líder, una especie de simbiosis entre ambos. Es notable que Fidel haya logrado materializar en las prácticas dis-

¹⁰ Según Huberman y Sweezy, “Fue uno de los más grandes discursos en la historia de la lucha por la libertad en cualquier parte del mundo” (1968:58).

¹¹ “La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre” (Martí, 1986:1565). En Cuba, desde la década de los cincuenta se encontraron ambos, el hombre y el pueblo.

cursivas esta unión entre el pueblo y su líder, para lo cual utilizó varias estrategias de persuasión. Además de programar proyectos para concientizar al pueblo cubano: Fidel confiaba ciegamente en el pueblo, y éste en su líder. En sus discursos predominaba un sujeto colectivo inclusivo que nunca dejaba de lado al pueblo, al contrario, lo mencionaba como un tópico discursivo fundamental. Era este sujeto colectivo el que legitimaba y fortalecía la Revolución, al grado de hacerla invencible, como llegaron a sustentar algunos analistas desde principios de la década de los sesenta (Huberman y Sweezy, 1968).

En esa simbiosis, la oratoria y la retórica de Fidel Castro jugó un papel de primer orden, en la persuasión del pueblo cubano y de toda América Latina. La producción de los discursos de este líder emblemático tenía tales características que rebasaba el territorio de la isla. La Plaza de la Revolución –y otras plazas y espacios públicos diversos, lo mismo que la radio y la televisión, las cumbres internacionales, la ONU– se convirtió en el Ágora ateniense de Cuba y de Nuestra América. Los grandes temas de la Revolución –y de América Latina y el Caribe– eran planteados, discutidos y lanzados desde estas plazas y espacios a nivel nacional e internacional. La Primera y la Segunda Declaración de La Habana (1960 y 1962) son discursos emblemáticos, que traspasan la coyuntura histórica y permanecen como discursos fundantes. En la mayor parte de sus disertaciones el pueblo es el sujeto por excelencia, con el que dialoga, lo que explica que aparezca también como un importante y recurrente objeto discursivo (Instituto de Historia de Cuba, 1983).

Fidel sabía que la fortaleza de la Revolución en “un régimen revolucionario amenazado por poderosos enemigos radica en el inflaqueable apoyo de la gente trabajadora común, en su convencimiento de que la revolución es suya porque sirve a sus intereses, en su disposición a dar la vida por ella porque seguir viviendo sin ella sería traicionar a cuantos en ella creen” (Huberman y Sweezy, 1968:220).

Después de 1959, a pesar de la muerte de Fidel Castro el pasado año de 2016, Nuestra América no volverá a ser la misma. Él dejó su legado histórico, a través de la Revolución Cubana, que descansa en sólidos pilares institucionales; y quedan sus aportaciones. De éstas nos dan cuenta los organismos nacionales cubanos, avalados por los internacionales: ONU, UNESCO, CEPAL, FAO, OMS, UNICEF, COI, entre otros, a través de las cuales, como fuentes confiables, de reputación internacional, podrán decirnos lo que ha hecho Cuba, y que constituyen aportaciones para América y el mundo.

Para detenernos aquí, requeriríamos de un espacio del que, desafortunadamente no disponemos, menos en unas “Consideraciones Finales” como éstas, que deben de ser sucintas. Sin embargo, por la importancia que tiene para toda la humanidad, permítansenos señalar los siguientes logros de la Revolución Cubana en la biotecnología, todos avalados por la OMS, y que le darán un nuevo rumbo a la salud. Ésta no volverá a ser la misma que era antes de 1959: a) desarrollo de la Vacuna contra la Meningitis B (1985); b) tratamiento definitivo para el vitíligo y la psoriasis; c) desarrollo de una vacuna contra el cáncer del pulmón; d) eliminación de la transmisión materno-infantil del VIH-SIDA.

Terminamos este artículo con un significativo fragmento de una carta de Juan Bosch,¹² muy apropiado para aplicar a la trayectoria de uno de los mayores líderes del siglo XX, Fidel Castro: “Los insultos y las infamias de los contemporáneos dan a menudo, con más frecuencia que los elogios, la verdadera medida de los grandes hombres: a mayor altura del campeón, mayor saña en el impropio”.

¹² Nos referimos a una carta enviada por Bosch a Emilio Rodríguez Demorizi, autor de *Poetas contra Bolívar. El Libertador a través de calumnia* (1966).

Bibliografía

- BETTO, Frei (1986), *Fidel Castro y la Religión. Conversaciones con Frei Betto*, México, Siglo XXI Editores.
- BOSCH, Juan (2009), “Carta de Juan Bosch al dictador Trujillo”, en *Obras completas*, Santo Domingo, Comisión Permanente de Efemérides Patrias, tomo IX.
- CAAMAÑO DEÑÓ, Francisco (1985), *Caamaño frente a la OEA*, Santo Domingo, Editora Universitaria.
- CAREW, Jan (1982), *Midas negro*, La Habana, Casa de las Américas.
- CASTRO, Fidel (1983), *José Martí. El autor intelectual*, La Habana, Editora Política.
- COMBLIN, Joseph (1978), *El poder militar en América Latina*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- DALLAS, R. C (1980), *Historia de los cimarrones*, La Habana, Casa de las Américas.
- DE KOM, Anton (1981), *Nosotros, esclavos de Surinam*, La Habana, Casa de las Américas.
- DUMONT, René (1971), *Cuba ¿Es socialista?*, Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, 2ª edición.
- GOSLINGA, Cornelio (1983), *Los holandeses en el Caribe*, La Habana, Casa de las Américas.
- GUEVARA, Ernesto (1960), *La guerra de guerrillas*, La Habana, Talleres tipográficos del Instituto Nacional de la Reforma Agraria/Departamento de Instrucción del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.
- GUEVARA, Ernesto (1967), *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana, Ediciones Políticas.
- HERMANN, Hamlet (1985). *Caracoles. La guerrilla de Caamaño*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega.
- HUBERMAN, Leo y Paul M. SWEEZY (1968), *Cuba: anatomía de una revolución*, Buenos Aires, Editorial Palestra.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA (1983), *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*, La Habana, Editora Política, varios tomos y volúmenes.
- LABAT, R.P. (1979), *Viajes a las islas de la América*, La Habana, Casa de las Américas.
- LÓPEZ CASTELLANOS, Nayar (2001), *Izquierda y neoliberalismo de México a Brasil*, México, Plaza y Valdés Editores.
- MAIS, Roger (1978), *Las montañas jubilosas*, La Habana, Casa de las Américas.
- MARTÍ, José (1986), “Simón Bolívar”, en *Ideas en torno de Latinoamérica*, México, UNAM, vol. II.
- MILLETTE, James (1985), *El sistema colonial inglés en Trinidad (1783-1810)*, La Habana, Casa de las Américas.
- MILLS, Charles Wright (1961), *Escucha Yanqui*, México, Fondo de Cultura Económica.
- NUGENT, Lady María y Nara ARAÚJO (1983), *Viajeras al Caribe*, La Habana, Casa de las Américas.
- ONU (2005), *Objetivos de Desarrollo del Milenio. Una Mirada desde América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- ROCHA, Glauber (1965), *Revisión crítica del cine brasileño*, La Habana, Ediciones ICAIC.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio (1966), *Poetas contra Bolívar. El Libertador a través de calumnia*, Madrid, Gráficas Reunidas, S. A.
- RODRÍGUEZ GARAVITO, César, Patrick S. BARRETT y Daniel CHÁVEZ (editores) (2006), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, Colombia, Grupo Editorial Norma.

SARTRE, Jean-Paul (1961), *Sartre Visita a Cuba*, La Habana, Ediciones R.

SCHLESINGER, Stephen y Stephen KINZER (1982), *Fruta amarga. La CIA en Guatemala*, México, Siglo XXI Editores.

SELSER, Gregorio (1988), *El Documento de Santa Fe, Reagan y los Derechos Humanos*, México, ALPA-CORRAL.

STOLOWICZ, Beatriz (2007), *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*, Colombia, Ediciones Aurora.

VALDÉS UGALDE, José Luis (2004), *Estados Unidos. Intervención y poder mesiánico. La guerra fría en Guatemala, 1954*, México, CISAN, UNAM.

VELASCO ALVARADO, Juan (1971), *Velasco, la voz de la revolución. Discursos del Presidente de la República, General de División Juan Velasco Alvarado, 1968-1970*, Lima, Ediciones Participación.

VELASCO ALVARADO, Juan (1972), *Velasco, la voz de la revolución. Discursos del Presidente de la República, General de División Juan Velasco Alvarado, 1970-1972*, Lima, Ediciones Participación.

WILLIAMS, N. D. (1976), *Ikael Torass*, La Habana, Casa de las Américas.